

La producción literaria del P. Fabo de María: Una aproximación a la temática americana*

Carlos Mata Induráin
Universidad de Navarra

Este trabajo constituye una aproximación a la presencia de temas americanos en la producción literaria del P. Fabo de María, sacerdote navarro que desarrolló su trabajo misional en Colombia. Se analiza, especialmente, la presencia de los indígenas colombianos (indios guahivos) en sus novelas *El doctor Navascués* (1904) y *Corazón de oro* (1914), y también en algunas de sus poesías.

Palabras clave: P. Fabo de María; novela colombiana; indígenas colombianos; indigenismo; civilización y barbarie.

*The Literary Production of Father Fabo de María:
A Study of his American Themes*

This article proposes to study the American themes included in the literary production of Father Fabo de María, a priest from Navarra (Spain) who pursued his missionary work in Colombia. More specifically, it analyzes the presence of indigenous Colombians (the *guahivos*) in his novels *El doctor Navascués* (1904) and *Corazón de oro* (1914), as well as in his poetry.

Key words: Father Fabo de María; Colombian Novel; Indigenism; Colombian Native Americans; Civilization and Barbarism.

* Primera versión recibida: 30/01/2006; última versión aceptada: 23/05/2006.

Nacido en España, el P. Fabo de María, agustino recoleto, se formó en América, donde se ordenó sacerdote y produjo buena parte de su obra (en su destino misional de Colombia), tanto es así que su nombre suele ser incluido en las historias de la literatura colombiana. El P. Fabo cuenta con una extensa producción (fue filólogo, lingüista, fundador de la Academia de la Lengua de Panamá, literato, historiador y, sobre todo, ardiente hispanista). Es autor de una importante monografía sobre Rufino José Cuervo, y cuenta en su haber libros de erudición, religión, moral, etc. Su producción estrictamente literaria está formada por tres novelas: *El doctor Navascués* (1904), *Corazón de oro* (1914) y *Amores y letras* (1920), de las cuales las dos primeras se publicaron en España como “novelas de costumbres americanas”. En esas dos obras, y en otros lugares (en algunas de sus poesías y en sus artículos publicados en revistas y periódicos), se acerca al tratamiento de temas y personajes colombianos, en particular de la región de Casanare, reflejando tipos, paisajes, costumbres y también las formas de vida de los indígenas.

En este trabajo voy a analizar la obra literaria del P. Fabo, que hasta la fecha no cuenta –hasta donde se me alcanza– con bibliografía específica, centrándome en particular en los temas americanos presentes en ella, y en particular en la imagen que transmite de los indígenas colombianos, en concreto de los indios guahivos.¹ Cabe decir que su percepción fue variando con el tiempo, y si en su primera novela se aprecia una clara actitud de superioridad frente a los indígenas que no conocen la religión cristiana, en las obras más tardías los valora de forma más comedida y hasta llega a presentarlos, en alguna ocasión, como más nobles que los propios civilizados; así sucede, por ejemplo, en el poema “El salvaje”, recogido en su poemario

¹ En la producción escrita del P. Fabo alternan las formas *guabivo*/*guajivo*, alternancia que mantengo en mi trabajo. Debo indicar que este artículo se ha enriquecido con los valiosos comentarios de la profesora Stella González, del Instituto Caro y Cuervo, y deseo dejar constancia aquí de mi sincero agradecimiento por su atenta lectura del original.

Ruiseñores (1914), en el que leemos el verso “¡Cuánto padece el infeliz guahivo!”. El P. Fabo, lo veremos, es además cantor de la unidad hispana, defensor de la amistosa relación que ha de unir a España con las naciones hermanas de América, y así, en su soneto “A Colombia”, escribiría (son los dos versos con los que acaba) que “la América es de España como madre, / y España es de la América como hija” (230).

1. Algunos datos sobre el P. Fabo y su obra

El P. Fabo del Purísimo Corazón de María² (Marcilla, Navarra, 1873-Roma, 1933), de la orden agustina, aunque nacido en España, se nutrió fundamentalmente –ya lo indicaba– en América, a donde pasó en 1895. Al año siguiente se ordenó sacerdote en Bogotá y llegaría a ser nombrado, en 1904, prior del convento del Desierto de la Candelaria. Dejando aparte varias obras de tipo histórico, lingüístico, religioso, autobiográfico y de crítica literaria,³ es autor de tres novelas (*El doctor Navascués*, *Corazón de oro y Amores y letras*) y un poemario (*Ruiseñores*). Sus dos primeras piezas narrativas están ambientadas en la región colombiana de Casanare, donde el P. Fabo residió y ejerció su ministerio religioso. En ambas encontramos la contraposición *campo* (valores positivos) / *ciudad* (valores negativos), binomio al que cabe añadir un tercer factor, que tiene que ver con la inclusión del elemento indígena

² Para la vida del autor puede consultarse el trabajo de Eugenio Ayape, *Biografía del P. Fabo* (1941) y la versión resumida, *Semblanza del P. Fabo* (1974). Los datos esenciales los resume Fernando Pérez Ollo, en “Fabo Campos, Pedro” (63).

³ Algunos títulos: *Idiomas y etnografía de la región oriental de Colombia* (1911), *Rufino José Cuervo y la lengua castellana* (1913), obra que recibió el Premio de la Academia Colombiana, *Historia de la provincia de La Candelaria de Agustinos Recoletos* (1914), *Liberaladas de una revolución* (1914), *Historia de Marcilla* (1917), *Historia del convento de Marcilla* (1919), *Críticas y plumadas* (1928), *La juventud de San Agustín ante la crítica moderna* (1929), *Púlpito y tribuna* (1929), *Episodios de un misionero* (1930), *San Agustín, de joven* (1931), *Álbum de ideas y páginas seleccionadas* (1932), etc.

(en este caso, la presencia de los indios guahivos, habitantes nómadas de las inmensas regiones casanareñas). Este escritor navarro-colombiano cultiva un tipo de literatura regional-costumbrista y didáctico-moralizante, de cuño católico, que entronca, en el ámbito español, con la narrativa perediana, y con la de Tomás Carrasquilla,⁴ por hablar del lado colombiano; con ambos coincide plenamente en el elogio de las formas de vida tradicionales del campo, bucólicamente descrito y elevado casi a la categoría de mito arcádico.

En las dos novelas “americanas” del P. Fabo el ámbito rural aparece convertido en paradigma de la verdadera civilización cristiana: se trata de un espacio idealizado, descrito con sus costumbres rústicas, sencillas y tradicionales, que constituye un punto intermedio entre la barbarie y la incultura de los indios salvajes, por un lado, y la capital, por otro, considerada como cuna del progreso y la libertad, pero con peligrosos ribetes de modernismo materialista y anticlerical. En *El doctor Navascués*, Bogotá (reflejada simbólicamente en el protagonista, el falso médico Relamido Navascués) representa los valores negativos del progreso materialista y ateo; los indios salvajes serían la barbarie, la ausencia total de civilización. Entre ambos extremos, la verdadera civilización cristiana está representada, para el P. Fabo, por los personajes del pueblo, con formas de vida sencillas, tradicionales y muy cristianas. En *El doctor Navascués*, el desequilibrio introducido por la presencia en el pueblo de un forastero resulta pasajero, y todo vuelve a su antiguo ser tras el “auto de fe” que sufre (las mujeres jóvenes, objeto de sus burlas y amoríos, queman en la plaza del pueblo sus libros, trajes, etc.) y que determina su expulsión.

El mismo esquema tripartito y simbólico (*indios*=barbarie / *campo*=civilización cristiana / *ciudad*=progresismo avanzado)

⁴ Del autor de *Frutos de mi tierra* y *La Marquesa de Yolombó* escribe Jaime Mejía Duque: “Ningún escritor colombiano anterior o posterior a Carrasquilla exploró y configuró tan sistemáticamente el folclore, los tipos, las costumbres y el habla de una región determinada. Su receptividad ahí no tiene límites” (xxxiv).

se reitera en la otra novela de ambientación americana del P. Fabo, *Corazón de oro*, cuya acción se sitúa en Ribaflor, un pueblo casanareño: el protagonista, Juan Andrés Meta, queda desligado de su familia al marchar a la capital a estudiar derecho; allí conoce a su novia, que es extranjera y protestante, y sus creencias religiosas se enfrián peligrosamente; sin embargo, el regreso a su tierra natal y el contacto con su familia le devuelve a los valores tradicionales y el joven termina profesando como religioso en el Desierto de la Candelaria. La conclusión que se extrae de ambas novelas es sencilla: entre la incultura radical de los indios guahivos y el progresismo capitalino está el punto medio de la civilización rural, cimentada en los valores cristianos (fe, religiosidad, familia, honradez, trabajo...) del pueblo, que adquiere así un valor simbólico. La dicotomía *campo / ciudad* se resuelve, pues, claramente en favor del primer elemento, resumen de los mejores valores tradicionales y católicos.

2. *El doctor Navascués*⁵

Los indios guahivos representan, en el esquema narrativo del P. Fabo, el estado de barbarie e incultura. Su presencia en la novela sirve, en primer lugar, para introducir un elogio de la tarea de los misioneros (cfr. 36-37), que sacaron de la selva a los indios para hacerlos libres y cultos, como le explica don Eduardo a Relamido. Sin embargo, el progreso y la libertad mal entendidos hicieron que los misioneros tuvieran que marcharse de aquella región, circunstancia que condenó a los indios a volver al monte para seguir siendo salvajes. El médico responde dicien-

⁵ Manejo la edición española: *El doctor Navascués: Novela de costumbres americanas* (obra laureada con el Premio Eusebio Giraldo Crespo, convocatoria de 1916). El texto publicado en España difiere bastante del de las dos ediciones aparecidas en Colombia (la primera, Bogotá: Librería Nueva, 1904), empezando por el propio subtítulo, que en su origen era el más particular de *Novela de costumbres casanareñas* (agradezco esta observación a la Profesora Stella González). Aprovecho aquí algunas ideas de mi trabajo anterior “*Campo vs. ciudad en El doctor Navascués: Novela de costumbres americanas* del P. Fabo de María” (2002).

do que el misionero es un personaje avaro, y se ampara en la historia del tesoro de Caribabare, cuya búsqueda provocó una hecatombe, una gran matanza de indios (cfr. 89-90).⁶

La novela nos presenta las pampas de Casanare como interminables llanuras deshabitadas, tan sólo frecuentadas por las fieras y los indios nómadas, que viven sin ningún tipo de civilización formando tribus o “capitanías”:

Deshabitadas en su mayor parte aquellas interminables llanuras, sirven de teatro a las fieras y a los nómadas de diferentes tribus o *capitanías*, que no han recibido aún el beneficio de la civilización más rudimentaria. Son errantes. Merced al clima muy caliente de los trópicos, vagan sin vestidos de ningún género, de selva en selva, de río en río, cazando, recogiendo frutos silvestres, sin pueblos, sin casas, sin otros auxiliares que la flecha y el garrote. No salen nunca a poblado, si no es para dedicarse al pillaje o al incendio. Viven en los parajes más recónditos a donde no puede llegar el hombre civilizado sin peligro de la vida. Fieras humanas. (88)

Cierta crítica a la actitud de los blancos apunta cuando el narrador adopta el punto de vista de los indios y explica su creencia de que fueron robados en otro tiempo por el “blanco ladrón”, como llaman ellos al civilizado; por eso, y como, además de ladrón, lo consideran asesino y enemigo mortal de su pueblo, para los indios “matar a todo el que se deje, es no sólo justo, sino meritorio delante de Dios, que formó al guajivo dueño único de las pampas” (88-89). En ese contraste entre civilizador y nómada, el primero bien puede salir malparado. Por ejemplo, el narrador juzgará que Relamido Navascués es más salvaje que los indios; y Lucía también se confiesa, por su propio comportamiento (mujer soltera que se retira a vivir en pecado con Relamido), más degradada que

⁶ También se alude a este suceso en el capítulo xx, “Al pasar un río”, de *Episodios de un misionero*.

ellos. En cualquier caso, de todos los blancos, los misioneros son los únicos que han sabido ganarse cierta autoridad moral sobre los indios, ejerciendo un beneficioso influjo en sus costumbres. A lo largo de la novela se ofrecen datos sueltos sobre las Misiones y las labores de los religiosos (se recuerda, por ejemplo, la gramática guajiva preparada por los padres agustinos recoletos).

La presencia de los indios se concreta en los capítulos XIII-XIV y XVII-XVIII, los más “exóticos” de la novela, con motivo del cautiverio de María. Se nos ofrece una descripción de los salvajes desnudos, se dan datos de las rancherías de la tribu (los guahivos suelen ponerlas cerca de los ríos, y queman la sábana para cazar), se menciona su “lengua aglutinante y áspera” (93), etc. El P. Fabo describe esa ranchería como una madriguera de salvajes y fieras (118), en especial en el momento en que celebran la orgía del novilunio, entregándose al placer y la embriaguez; la crápula convierte a estos seres de alma inmortal en bestias racionales, en auténticos puercos. Sin embargo, hay que recordar que pese a haber permanecido cinco años en la *guajivera* con “nómadas brutalmente cerriles, casi antropófagos” (127), la heroína María ha conservado la vida y la inocencia, y ha sido así precisamente por el prestigio de las enseñanzas de la moral cristiana.

En efecto, los salvajes la han respetado y convertido en su sacerdotisa (la capitana Buayó) y sienten por ella un temor supersticioso. Pese a estar inerme su virginidad entre aquellas “fieras humanas” (95), logra que el cacique Ysotopajá, “padre del fuego”, sienta por ella un amor reverencial y no la convierta en “instrumento de satisfacciones de serralio”; al contrario, la joven le hace jurar que no le arrebatará su virginidad, explicándole que es la principal virtud de la doncella cristiana; a cambio, ofrece María, será una especie de diosa de su capitánía.⁷ Con su carácter dulce y

⁷ En cambio, como me indica la profesora Stella González, en la edición bogotana María tiene un hijo del cacique Ysotopajá (véanse las págs. 113, 143, 144 y ss). Aventuro una hipótesis al respecto: la novela fue galardonada con el premio de la Academia Colombiana de la Lengua en 1903, y el autor, que era miembro de la Academia, habría querido que su obra fuese leída en su país natal.

bondadoso, logra apaciguar todas las malas pasiones, y los indios la adoran: es conducida en una silla de manos, adornada con flores y aves. Cuando la pudorosísima muchacha nota que se le va rompiendo la ropa, para cubrir sus desnudeces les pedirá que le fabriquen un vestido de sacerdotisa con hojas de palmera, y así lo hacen.

María habla de Dios con el cacique Ysotopajá (de él se dirá que era un salvaje que merecía no serlo). Coloca el crucifijo que le regalara Pedro en el hueco de un árbol y se dedica a enseñarles a rezar las oraciones básicas, como el Padrenuestro, en especial a los niños de la tribu. Dos de ellos discuten si Cristo es blanco y racional o indio, y cada cual aporta sus ingenuos argumentos en este bello diálogo:

- ¿Y tú por qué dices que Jesucristo es blanco?
- Porque es *catre* y *carga* barba.
- ¿Y tú por qué dices que es indio?
- Pues yo digo que es indio, porque *carga* melena y *guayuco*. (120)⁸

El doctor Navascués incluye la descripción de tipos, paisajes y costumbres americanas, en concreto de Casanare. Se integra, por tanto, en una conocida corriente literaria de regionalismo costumbrista (o, a veces, indigenista), y cabe indicar que el P. Fabo se adelanta en varios años a *La vorágine*, de José Eustasio Rivera,

donada por la “Biblioteca Patria”, que era una institución encargada de difundir las buenas lecturas, es decir, obras literarias que promovieran los valores católicos y no tuvieran ninguna objeción desde el punto de vista moral. Seguramente, a la hora de presentar su novela al concurso, el P. Fabo suprimió o retocó aquellos aspectos que pudieran parecer más atrevidos, como este de la relación entre María e Ysotopajá. Sería muy interesante un estudio comparativo de las dos versiones, colombiana y española, de la novela, trabajo que habrá de quedar pendiente para otra ocasión.

⁸ Y poco después comenta el narrador, a propósito del estado de abandono en que viven los indios: “Y fueron ausentándose por entre los árboles aquellos dos infelices que tenían alma inmortal creada por las purísimas manos de Dios, y eran proscritos de la humanidad, afronta de la civilización, vergüenza de los ricos y poderosos” (121).

cuya primera edición es de 1924.⁹ Respecto al paisaje, a la descripción inicial del capítulo I, añádase la del delicioso lugar de la sabana en que tiene lugar la jira (47). Las llanuras de Casanare conforman un paisaje majestuoso, inaccesible y silencioso: “A poco, volvió a caer sobre las pampas ese silencio salvaje que constituye la sublimidad más importante de la llanura” (87); “soledad por todas partes, vegetación y silencio, pampas salvajes” (127).

Como rasgos costumbristas podemos incluir la descripción (a veces mera mención) de algunas costumbres típicas. El domingo, en misa mayor, María y la Samaniego lucen la tradicional mantilla llanera y se ofrecen el agua bendita con la punta del pañuelo, “como es costumbre allí” (63); la fiesta nacional se celebra con asados de becerra “a la llanera” y en el cumpleaños de María se bailan bailes tradicionales (joropos, bambucos, corridos y escobillados “de la tierruca”) (75). Se habla también, por ejemplo, de “la desenvoltura que gastan las llaneras” (59), a propósito de un gesto de Lucía al rascar un fósforo para encender su cigarrillo. Don Eduardo, acabado tipo del llanero, usará una canción popular para aludir simbólicamente al peligro que corre Petra al enamorarse de Navascués:

Uña papaya maúra
le dijo a una verde, verde:
er que siembra en tierra ajena
hata la semiya pierde.
Er amor e forastero
e como la espina e tuna,
que pica y deja doliendo
sin esperanza ninguna. (41-42)¹⁰

⁹ Cfr. el apartado “Los indígenas: Brasas entre las espumas” de la introducción de Montserrat Ordóñez a *La vorágine* (1990). Considerada el primer gran hito en la plasmación de una naturaleza típicamente americana (y punto de partida de una nueva fase en el camino de la expresión de temas americanos propios), influiría a su vez en obras importantes como *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos (véase Curcio Altamar 217).

¹⁰ En *Críticas y plumadas*, incluye un trabajo sobre “La poesía popular de la región de Casanare” (186-202).

El mismo don Eduardo es el encargado de describir el episodio de la caza del tigre con su “charla pintoresca” (55):

– En aque *volate* de cosa, iqué *turutada* habían estao la mujere! Navacué *veía gato ensiyao y escurana de velorio*. *¡Gua!* De por buena o de por mala el bicho, por *cosario* que fuese, *gocho* había de quedá de la oreja derecha. Nootro estuvimo medio regulá; en mi tiempo, en lo tiempo der *garrasí*, yo hubiera enviao sin tanto *broyo* a otro más *machaso* que ese a *freír mico* en un Jesú credo. Y eso que no me gusta *echármela de café con leche*. (55)

El 18 de septiembre, Nuestra Señora de los Dolores, es el cumpleaños de María, y Pedro le ofrece una serenata: sus amigos y él entonan “aires propios de la tierra” y suenan los instrumentos rasgueados “con aire llanero”. Algunos de los versos que cantan son estos:

La estreya en er cielo,
la luna en er carrisá,
boquita é caña durse,
quién te pudiera chupar.

Paloma, piquito de oro,
que picate la guayaba,
¿cómo quiere que yo pique
si no me baja la rama?

De mi casa me he venío
con er agua a la garganta
sólo por venirte a ve,
hermosa, paloma blanca.

Por esta caye, la larga,
pasa el agua y no se emposa,

por eso la yaman todo
la caye de la hermosa.

Por esta caye la larga,
yo sé que vive una rosa;
aquí la estoy *aguaitando*
para desirle mil cosa.
Adió, palomita blanca,
adió, clavé y parmera,
adió, cogoyo e caña,
adió, mi linda yanera. (69-70)

Por su parte, Navascués la obsequia con flores y un poema, “La casanareña” (trata de hacer pasar por suyos, adaptándolos ligeramente, unos versos que cierto galán había dedicado anteriormente a otra señorita del pueblo, mas no logra engañar a María). Es el siguiente:

La garza blanca de los esteros
que a los primeros rayos del sol
entre los juncos adormecida
a orar convida con su canción,
nunca es más bella
con su plumaje,
garza salvaje,
tierna y feliz,
que lo que tú eres,
alondra pura
de la llanura
de mi país.

De la paloma de blanco pico
plumaje rico, collar azul,
que al aire tiende su vuelo incierto
por el desierto bañado en luz,

no es más hermosa
su melodía
que la que envía
tu voz feliz
cuando del pecho
tierna se arranca,
paloma blanca
de mi país.

El triste rayo que da la luna
de la laguna sobre el cristal,
y de las flores besando el broche
en una noche primaveral,
nunca es más pura
que tu mirada,
siempre velada
por el pudor,
iluminada
tu alma inocente
que piensa y siente
para el amor.

De estas llanuras la flor más bella,
la blanca estrella de un cielo azul,
reina y encanto de estos lugares
y estos palmares, eso eres tú.

Por eso al verte
siempre risueña,
casanareña,
dulce beldad,
yo te he ofrecido
con mis amores
las blancas flores
del azahar. (71-72)

En la obra se incluyen abundantes americanismos; se trata, por lo general, de palabras sueltas que aparecen destacadas en cursiva, y corresponden fundamentalmente al habla de don Eduardo, aunque también salpican en ocasiones el discurso del narrador. El autor añade al final una lista de “Americanismos empleados en esta novela” (133-37). Podemos destacar además la introducción de algunos dichos llaneros, como: “A rata parda, gato negro” o “El de arriba no pega con *rejo* ni gasta *guáimaro*s en *zamuros*, pero se sale con la suya”.¹¹

3. *Corazón de oro*¹²

Los protagonistas de esta novela son los tres hijos de don José Meta, Juan Andrés, Florencio e Inesita. Juan Andrés marcha a Bogotá, para seguir la carrera de abogado, y en la moderna ciudad se apartará del espíritu tradicional de la familia. Por el contrario, su hermano Florencio tan sólo desea aprender el manejo del hato, porque quiere llegar a ser más “yanero” que su papá. Si en la novela anterior era un elemento foráneo el que venía a turbar la paz y los valores rurales, en esta otra un personaje del campo, transplantado fuera del espíritu familiar, se alejará de las esencias tradicionales (aunque sin llegar nunca a corromperse moralmente del todo); pero al final, la muerte de su querida abuela le hará reflexionar y retornará al hogar y a los sentimientos católicos, para acabar profesando como religioso en el convento del Desierto de la Candelaria. La conclusión del P. Fabo es clara: entre la barbarie e in-

¹¹ Esa lista de americanismos no figura, en cambio, en las ediciones publicadas en Colombia. Por otra parte (y de nuevo debo la valiosa observación a la profesora Stella González), las formas del español casanareño que refleja la edición madrileña –muy cercanas al habla andaluza– representan un español alejado del español llanero y no se corresponden con las de la novela original. Es otro aspecto que merecería un comentario más detenido, pero que tampoco puedo abordar en esta ocasión.

¹² Fr. Pedro Fabo, agustino recoleto. (1914)

cultura de los salvajes (los indios guahivos) y el progresismo capitalino está el punto medio de la civilización, cimentada en los valores cristianos, del pueblo (Ribaflor) y de la familia Meta. Todo ello se ejemplifica a través del proceso evolutivo de Juan Andrés (educación tradicional cristiana-descarrío temporal-vuelta al cauce de la moralidad e ingreso en religión).

Los indios también aparecen en esta novela. Hay un momento en que los vecinos del pueblo le piden al sacerdote que les ayude en la apertura de un camino hasta el pueblo de x; para ello deben atravesar una zona donde viven indios salvajes, los temibles guahivos, y piensan que el cura debe hacer los primeros trabajos de exploración, porque los indios lo respetan: “¡Ah, padre! ¡Siempre el clero a la vanguardia de la civilización!” (95), comenta –no sin cierta ironía– Juan Andrés. Cuando llega el momento de la exploración del camino a x, se insiste en que los salvajes –que siempre desconfían de todo– sólo escuchan y hacen caso a los misioneros, “a cuyo ministerio rinden omnímodo vasallaje” (187). El grupo explorador topa con un indígena, y el sacerdote saca su crucifijo y se dirige a él, porque conoce su lengua. Esta es la descripción del indio:

Ginés tembló de pies a cabeza al ver al nómada desnudo por completo, las guedejas de la cabeza largas, los ojos oblicuos, la mirada perspicaz y dura, los pómulos salientes, y el color de las carnes como el de las cosas tostadas por el sol.

¿Y el rabo que se le había visto? Pues no le faltaba motivo al llanero para decir que el salvaje mostraba formas de rabo, porque el indio, que estaba en carnes, llevaba un tonelete de corteza de árbol con un apéndice que parecía caudal. (194-95)

Al verlo así, Ginés se pregunta: “¿Qué harán estos brutos puaquí solos como fieras? ¿Por qué no saldrán a ayudarnos como peones e vaquería? Les daríamos ropa, herramientas y se harían cristianos, útiles a todos. ¡Tienen unos gustos estos condenados!” (195). Juan Andrés tiene ocasión de constatar

la valentía del Padre, que con su actitud favorece que los salvajes y la religión se den la mano. El misionero, por su parte, evocando a los ricos avarientos, a los holgazanes del país y a los “adoradores de la diosa concupiscencia”, piensa para sí: “La nación que se preciare de culta teniendo nómadas, es indigna de figurar entre las civilizadas” (195).

El capítulo xxv, “Una noche entre salvajes”, añade nuevos detalles sobre los indígenas. Los exploradores se dirigen a Rioturbio, donde se han citado con los indios, que se presentan de improviso chillando:

Acababan de saborearlas [las viandas] junto a las aguas del acantilado, cuando una caterva de salvajes, gritando estruendosamente, asomó por entre el bosque. Hombres fornidos y bien musculados, mozallones y ancianos, todos revueltos, todos desnudos, todos demostrando gallardía de fuerza, detuvieronse un momento al borde del cantil, antes de saludar a los viajeros. (196)

A los peones y a Ginés su llegada les causa un miedo cerebral (Ginés cree que “aquellos feísimos demonios” lo van a descuartizar) (197); Juan Andrés imagina ver “una legión de precitos que venían, como los de Julio Verne, a arrancarles el corazón” (196-97). Sólo el Padre, “avezado ya a tales encuentros”, conserva la calma y comprende que “los hijos de las selvas” acuden en son de paz. A los pelotones de hombres se juntan pronto las mujeres y los niños, y el sacerdote los bendice a todos con el crucifijo que pende de su cuello y les da algunos “regalillos”. Sin embargo, los indios les niegan en un primer momento la hospitalidad para pasar la noche en su poblado, aunque luego acceden. Sigue la descripción de la ranchería indígena, que para el narrador constituye un “desconsolador escenario”:

Por último, tras mucho instar, partieron todos hacia la ranchería, que constaba de un caney o cobertizo sobre estacos

nes, sin paredes ni edificaciones adherentes, ni ajuar de ningún género, con que se acreditaba así la forma errante de su vivir, la grandísima miseria y el atraso en que pasan sus días los desventurados y el grado de salvajez en que están sumidos. Hamacas chapuceras y ahumadas colgando del made-ramen, cachivaches de cocina, aljabas, flechas, arcos y lanza-*s*, ovillos y madejas de fibras textiles de palmera, *moriche* y *cumare*, cueros secos de toda clase de fieras, manojo-*s* de plumas multicolores para la fiesta de los novilunios y tasa-*jos* acecinados de carne, es lo único que vieron por todas partes; los indios, sentados o acostados en las hamacas y aun en el suelo, hablando su gutural y áspero lenguaje y llenándolos de confusión y espanto; ni aves domésticas, ni animales de laboreo, ni señal de industria alguna; extensos plantíos de plátano y yuca, sin maíz ni legumbres de ningún género; y después de esto, el abandono, la barbarie, la degradación con todas sus derivaciones y señales, y, lo peor de todo, muertas las esperanzas de rehabilitación para siem-*pre*. (198-99)

Como vemos, para el autor –cuyo punto de vista es el del misionero–, los indios están en un estado de salvajez, miseria y degradación, en definitiva, barbarie. Tras conseguir librar a la prisionera, se establece este diálogo entre Juan Andrés y el sacerdote:

- Padre –llegó a lanzar Juan Andrés esta frase como síntesis de hondas cavilaciones–, los salvajes son animales incorre-gibles.
 - D. Juan Andrés –replicó el misionero dolorosamente–, aun hay otros animales mucho peores.
 - ¿Cuáles son?
 - Los impíos y los ricos avarientos.
- Y callaron los dos, como si meditasen silenciosamente en esta verdad indiscutible. (202-203)

La ambientación, el “color local”, se consigue con la introducción de americanismos (colombianismos), acumulados en especial en el habla del mayoral Ginés; también a través de la descripción de costumbres casanareñas (la caza, el paso del río...); y con la introducción de cantares como estos entonados en el joropo:

Yo vide una garsa blanca
con el pico colorao
sacando e una laguna
un corazón maltratao.
Las estreyas en el cielo,
la luna en el carrisal,
boquita e caña durce,
iquién te pudiera chupá! (118)

Merece la pena copiar aquí también los versos de la tonada del remero:

Muchachas casanareñas
rogá a Dios por mi vida,
porque me voy a embarcá
en una canoa podría.

Marinero soy, señora,
con el cuerpo arquitranao,
onde quiera que me asiento
ayá me queo pegao.

En la cáscara e un güevo
me atrevo a pasar el mar,
con la pata e un samuro
me atrevo a canaletiá.

Yo no le temo al bogá,
que al bogá, yo bogaría,

pero le temo a los remos
cuando van en la crujía. (152)

En fin, el llanero Ginés canta jactancioso –¿con ecos esproncedianos en los dos últimos versos?– cuando se halla en la tierra de los “reinosos”:¹³

Con mi lanza y mi caballo
feliz vivo en este suelo,
ostente o no ostente el cielo
su brillante resplandor.
Nací libre, y eso basta
para gozar de ventura,
que es mi reino la llanura
y mi código el valor. (282)

Por último, hay que consignar la presencia del paisaje, formado por las inmensas llanuras casanareñas: se habla de la “hermosísima región de Casanare” (51), de “los infinitos horizontes del Llano” (35); de “la llanura, eternamente sola, en gran manera monótona, melancólica e ilimitada, pero hermosa como el paraíso después del destierro de los prevaricadores” (35); de las “pomposas bellezas de esta tierra semisalvaje” (43). El P. Fabo describe la suprema hermosura del Llano, donde el misterio y la soledad se agrandan y se tiene el verde en todos sus matices (35, 43-44), presentándolo como un océano solidificado, un mar de verdura, con su oleaje: ríos, lagos como espejos y soledad por todas partes. En su opinión, Casanare es comparable al paraíso terrenal en el momento de la expulsión adánica (44). En “la Llanura, incommensurable, desierta, silenciosa” (83), se da un abrazo eterno del cielo y la tierra. Además de este panorama bellamente salvaje, también se describe la selva de Vanadia (150-51), verdadero túnel de

¹³ Se trata de la diferencia entre los “reinosos” y los “llaneros” (281).

verdura que, con su río, el Arauquita, constituye un oasis de opulencias vegetales. Este paraíso fecundo y bello es la divisoria entre Colombia y Venezuela.¹⁴ En sus dos días de navegación hasta Arauca, los viajeros tienen ocasión de disfrutar de tan hermoso paisaje. En la novela encontramos también la descripción del invierno llanero (212) y de las serranías andinas (281).

4. Poesía

Los temas que más se repiten en la producción poética del P. Fabo son los religiosos (Dios, la Virgen María, santos, asuntos bíblicos diversos...), los de tono moral-didáctico, los de circunstancias, a lo que hay que añadir la presencia de la naturaleza y, especialmente, la de Colombia (sobre todo, Casanare). Por ejemplo, en el soneto “A Colombia” (1914b, 230) el autor evoca una república gloriosa de sabios y defiende que España y América han de caminar unidas. Lo copio entero:

De pie sobre la popa del navío,
ioh, de sabios República gloriosa!,
un saludo entusiasta yo te envío,
porque fuiste conmigo cariñosa.

Hijo de España, tu pendón es mío,
y mi sangre es tu sangre valerosa,
y por siempre han de ser, en Dios confío,
las dos familias una misma cosa.

Por más que la fortuna herirlas quiera
y por mucho que el can del Norte ladre,
el Dios de las victorias las prohija,

¹⁴ Ginés exclama: “¡Guá! Sí que es requetebonito fumá en Colombia y escupí en Venezuela” (152).

C. Mata, La producción literaria del P. Fabo de María...

y no ha de hacer que su destino muera:
la América es de España como madre,
y España es de la América como hija. (230)¹⁵

En el poema titulado “Las pampas de Casanare” (70-77) describe el paraíso, el bello edén de esa región colombiana. Empieza:

Casanare es un conjunto
de lo rico y de lo bello,
del paraíso destello
y del edén un trasunto.
Que todo lo bello junto
de las más lindas regiones
es desprendidos jirones
de su gracia original:
no pueden tener rival
sus grandiosas creaciones. (70)

Presenta la llanura como un océano de tierra, en el que reinan el sol, la luna y las estrellas, a veces el huracán y la lluvia. Y, de entre todos los animales, el hombre se alza como el rey de la naturaleza:

¡Oh, Casanare! ¡Oh, modelo
de opulenta libertad!
La unidad, la variedad,
el orden bulle en tu suelo.
El ave de altivo vuelo,
y la fiera, y el gusano,
y el río, y el aire vano
viven sin traba, cantores
de los sublimes amores
del Creador Soberano. (74)

¹⁵ Se recoge con variantes en *Críticas y plumadas* (391).

Añade luego que “el casanareño suelo / es la antesala del cielo / divinamente compuesta” (74), e introduce las figuras del salvaje y del misionero. En opinión del P. Fabo, el indio lleva un vivir más noble que el de los civilizados:

Corre el indio fugitivo,
en las malezas se hunde,
con las fieras se confunde,
cauteloso o vengativo.
¿No es su alma dechado vivo
del Supremo Creador?
¿Por qué ha de estar sin honor,
sin religión y sin nombre?
¿Por qué lo aborrece el hombre?
¿Por qué no le da favor?

Sólo, iay!, el misionero,
el misionero, su hermano,
le tiende próvida mano
y lo trae a buen sendero.
Heroico doctrinero,
grita, corre, ayuna y ora
por darle la redentora,
brillante luz de la fe;
y el *blanco*... ino sé por qué
en su ayuda no labora...!

¡Oh, indio! Mientras medito
en tu mísero retraso,
las grandes urbes repaso
y veo, yuento, y repito
allá número infinito
de bajezas y pecados
con seda y oro tapados,
y no vacilo en decir

que es más noble tu vivir
que el de los civilizados.

Quien tu vida no comprende,
quien tus costumbres no sabe,
quien no habla tu lengua grave,
quien tus amores no entiende,
ese será quien te ofende;
mas siempre estará en razón
que contigo, en reunión,
hay salvajes que no van:
—Ni son todos los que están,
ni están todos los que son. (75-76)

En fin, vaticina después que llegarán los pueblos ancianos a las pampas juveniles: “Y entonces han de surgir, / con impulsos soberanos, / ciudades en los pantanos, / trenes en los arenales, / fábricas en los jarales / y en los ríos hidroplanos” (77).

Otro poema significativo para rastrear la presencia del elemento indígena en la producción literaria del P. Fabo es “El salvaje” (83-88). Ahí lo describe viviendo junto al río Meta, en cuyas aguas contempla diversas naves: “Y ve mercaderías que, salvaje, / o desconoce o con pasión aprecia: / por eso ruge con feroz coraje / o con desdén al mercader desprecia” (83-84). El indio forma un hogar, una familia, y es feliz, porque la naturaleza le depara todo lo que necesita: ropa, comida y caza. Sin embargo, pese a esa satisfacción de lo puramente material, los misioneros se apiadan del guahivo: “¡Cuánto padece el infeliz guahivo!” (87), porque se le niega la religión, las leyes, etc. El poema refleja una actitud más tolerante y comprensiva con respecto a los indígenas que la que se apreciaba en *El doctor Navascués*, la primera novela del P. Fabo. De hecho, esta composición acaba con un apóstrofe al “salvaje . . . valeroso”, pidiéndole que vaya al Capitolio de Colombia a exigir sus derechos. Todo ese final es una brillante apología del indio, y merece la pena transcribirlo:

Salvaje de las selvas valeroso,
que en silencio un dolor cruel devoras,
con un nombre en la historia ignominioso,
con tu prole maldita a todas horas,

sal del desierto; al Capitolio corre
de Colombia, que es noble, pero loca,
y si, al verte infeliz, no te socorre,
esto dirásle con amarga boca:

– “Oh, patria, tú me niegas el derecho
de honrosa filiación, y me abandonas,
y me arrojas de ti, y aun con despecho
quieres que habite en las desiertas zonas.

“Y cacerías contra mí consientes,
como si fuese de los bosques fiera,
y, en cambio, callas si extranjeras gentes
mancillan el honor de tu bandera.

“Despilfarras en fútiles proyectos
y en discordias civiles el tesoro,
y permities que, insectos contra insectos,
tus hijos te arrebaten el decoro.

“La religión, la libertad, las leyes,
hasme robado con cruel violencia.
¿Dónde está el cesarismo de los reyes?
¿De qué me sirve a mí la Independencia?

“En que me tiendas protectora mano,
¿hay algo, acaso, que tu honor denigre?
Si tienes sangre de león hispano,
yo tengo sangre de indomable tigre.

“Carne soy de tu carne; si te ofende
aquesta confesión, los escondrijos,
que me das por morada, a extraños vende,
y lucra con la sangre de mis hijos.

“Pero no, por piedad, por egoísmo,
amparo a los salvajes proporciona,
que acaba en la abyección y el servilismo
la patria que a sus hijos abandona.

“Entre rayos y truenos que se hunda
la bóveda del cielo, y que me trague
de la tierra la sima más profunda
antes que fuera de la patria vague.

“¡Oh, patria! Si no quieres que sucumba
tu poder, haz conmigo eterna alianza:
soy la voz que resuena en ultratumba,
soy la voz precursora de venganza.

“Admíteme al calor de tu regazo,
entrégame un jirón de tu bandera,
que, sostenido en mi robusto brazo,
matará la ambición filibustera.

“Tú tienes sangre de león hispano,
yo tengo sangre de indomable tigre:
si me ofrecieres protectora mano,
no temas que tu honor aquí peligre”. (87-88)

Mencionaré también “La quema tropical” (185-86), una composición de ritmo muy musical, propiciado por la rima aguda en -ú cada cuatro versos. Este poema describe cómo se quema la selva para la siembra, a fin de obtener varias cosechas. Empieza así:

¡Sublime, estupenda, la quema del bosque!
Mirad esa tala: los árboles yacen
cual negros fantasmas, terribles, deformes,
que hirió la segur;
la selva, en contorno, aparece frondosa;
muralla de un circo macabro do esperan
los muertos del fuego la acción destructora,
con muda quietud. (185)

En fin, cabría recordar dos composiciones más, “El convento del Desierto” (106), soneto, y “Nido de amor” (223-25), en versos pentasílabos, que describen el Convento del Desierto de la Candelaria, del que el P. Fabo fue prior. En ellos no hay evocación del elemento indígena, pero sí de esa bella región colombiana en la que el autor ejerció su ministerio religioso.

5. Final

El P. Fabo es un sacerdote, a la vez misionero y escritor, que compone un tipo de literatura de carácter didáctico y moralizante. En dos de sus novelas y en algunas de sus poesías da entrada al elemento indígena, pero no presenta el binomio tradicional civilización-barbarie, sino que establece una división tripartita. Como es bien sabido, la antinomia civilización (ciudad)-barbarie (campo), lema tradicional del liberalismo hispanoamericano que tiene su arranque en los postulados defendidos por Sarmiento en *Facundo* (1845), constituirá un verdadero *leit motiv* de buena parte de la narrativa hispanoamericana del siglo xx, y se ha convertido en patrón de lectura e interpretación de muchas obras, por ejemplo, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos.¹⁶ Pues bien, podría-

¹⁶ Cfr. el apartado “La geografía y el hombre. Lectura maniqueísta: civilización / barbarie” de la introducción de Domingo Miliani a *Doña Bárbara*. Miliani remite (79, nota 150) para esta cuestión al trabajo de Nelson Osorio “*Doña Bárbara* y el fantasma de Sarmiento”. Sobre la vigencia de la antinomia hasta nuestros días, escribe Miliani: “La dicotomía de Sarmiento

mos considerar aportación original del P. Fabo la ampliación, en temprana fecha, de ese binomio, para plantear un esquema tripartito: *indios*=barbarie / *campo*=civilización tradicional y cristiana / *ciudad*=civilización progresista extranjerizante y antiespañola. Y si bien el nuevo elemento de la serie no es propiamente síntesis de los dos anteriores, al menos pretende aunar los valores positivos de cada uno de los de la dicotomía preexistente. En ese factor intermedio que añade el P. Fabo, el de la cultura católica rural, desempeña una función primordial el duro y a veces arriesgado trabajo civilizador de los misioneros con los indios, trabajo que, como es lógico, queda puesto de relieve y ensalzado en la producción literaria de este escritor y misionero navarro-colombiano.

Obras citadas

- Ayape, Eugenio. *Biografía del P. Fabo*. Manizales: Tipografía San Agustín, 1941
- _____. *Semblanza del P. Fabo*. Colecc. Navarra. Temas de Cultura Popular 216. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1974.
- Curcio Altamar, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1957.
- Fabo, Fray Pedro. *Corazón de Oro: Novela de costumbres americanas*. Madrid: Imprenta del Asilo de Huérfanos, 1914a.
- _____. *El doctor Navascués: Novela de costumbres americanas*. Madrid: Biblioteca Patria, 1916.

ha vuelto a insurgir en medio de la crisis continental que atraviesa América Latina como refuerzo a concepciones serviles de la globalización. Algunos pensadores la han desmontado críticamente. Entre ellos el maestro Leopoldo Zea. Su interpretación revisa la barbarie en la historia para apuntar en las conclusiones a una síntesis hegeliana donde civilización / barbarie ‘dejan de serlo para ser, pura y simplemente, expresiones del único hombre posible, con sus posibilidades e impedimentos, con sus sueños de universalidad y la conciencia de sus limitaciones’ (80; la cita interior corresponde a la obra de Leopoldo Zea. *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Madrid: Anthropos, 1988).

- _____. *Episodios de un misionero*. Burgos: El Siglo de las Misiones, 1930.
- _____. “La poesía popular de la región de Casanare”. *Críticas y plumadas*. Barcelona: Editorial Librería Religiosa, 1928. 186-202.
- _____. *Ruisenores*. Barcelona: Luis Gili Librero-Editor, 1914b.
- Mata Induráin, Carlos. “Campo vs. ciudad en *El doctor Navascués: Novela de costumbres americanas* del P. Fabo de María”. *De Arcadia a Babel: Naturaleza y ciudad en la literatura hispanoamericana*. Ed. J. de Navascués. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2002. 183-206.
- Mejía Duque, Jaime. “Prólogo”. *La Marquesa de Yolombó*. Por Tomás Carrasquilla. Ed. K. L. Levy. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984. ix-xxxviii.
- Miliani, Domingo. “Introducción”. *Doña Bárbara*. Por Rómulo Gallegos. Madrid: Cátedra, 1997. 76-82.
- Ordóñez, Montserrat. “Introducción”. *La vorágine*. Por José Eustasio Rivera. Madrid: Cátedra, 1990. 38-46.
- Osorio, Nelson. “*Doña Bárbara* y el fantasma de Sarmiento”. *Ecritura* 15 (1983): 19-36.
- Pérez Ollo, Fernando. “Fabo Campos, Pedro”. *Gran Enciclopedia Navarra*. Tomo V. Pamplona: Caja de Ahorros de Navarra, 1990. 63a-63b.